

NADA SIRIO

Fredric Brown

Felizmente extraje las últimas monedas de nuestras máquinas y las conté, mientras Ma anotaba las cifras en el librito rojo a medida que yo se las cantaba. Eran unas bonitas cifras.

Sí, habíamos conseguido una buena recaudación en los dos planetas de Sirio, Thor y Freda. Especialmente en Freda. Esas pequeñas y aisladas colonias de la Tierra darían lo que fuera por cualquier clase de entretenimiento, y el dinero no significaba nada para ellos. Hicieron largas colas para entrar en nuestra tienda y meter sus monedas en nuestras máquinas, y así compensaron los elevados gastos del viaje que habíamos hecho por nuestra cuenta y riesgo.

Sí, esas cifras que Ma estaba anotando eran muy consoladoras. Naturalmente, las había sumado mal, pero Ellen se encargaría de subsanar el error en cuanto Ma se diese por vencida. Ellen está dotada para los números. Y para muchas otras cosas, si es que un padre puede decir eso de su única hija. De todos modos es mérito de Ma, no mío. Yo soy una persona del montón.

Guardé la caja de monedas de la Carrera Espacial y alcé la vista.

- Ma... - empecé a decir. Entonces la puerta que daba al compartimiento del piloto se abrió y John Lane apareció en el umbral. Ellen, sentada enfrente de Ma, dejó el libro y también alzó la vista. Era toda ojos y éstos brillaban.

Johnny saludó militarmente, con el saludo reglamentario que todo piloto de una nave particular debe hacer al propietario y capitán de la nave. Este saludo tenía la virtud de exasperarme, pero no podía decirle que prescindiera de él porque las reglas así lo establecían.

Dijo:

- Un objeto a proa, capitán Wherry.

- ¿Un objeto? - inquirí -. ¿Qué clase de objeto?

Verán, por la voz de Johnny y por el rostro de Johnny, era imposible adivinar si se trataba de algo importante o no. La Escuela Politécnica de Ciudad de Marte les enseña a ser estrictamente inexpresivos, y Johnny se había graduado magna cum laude. Es un buen muchacho, pero anunciaría el fin del mundo con la misma voz que emplearía para anunciar la cena, si fuese labor del piloto anunciar la cena.

- Parece un planeta, señor - fue todo lo que dijo.

Necesité unos minutos para asimilar sus palabras.

- ¿Un planeta? - pregunté, sin demasiada brillantez. Lo miré fijamente, confiando en que hubiese bebido o algo por el estilo. No porque tuviese nada que objetar al hecho de que viera un planeta estando sobrio, sino porque si Johnny descendía alguna vez al nivel de tomar unas copas, era probable que el alcohol disolviera en parte la rigidez de su espalda. Entonces yo tendría alguien con quien intercambiar historias. Viajar por el espacio con sólo dos mujeres y un graduado de la Politécnica que obedece todas las reglas puede resultar muy aburrido.

- Un planeta, señor. Un objeto de dimensiones planetarias, diría yo. Diámetro de unos cuatro mil quinientos kilómetros, distancia de unos tres millones, curso aparente de una órbita alrededor de la estrella Sirio A.

- Johnny - dije -, nos encontramos dentro de la órbita de Thor, que es Sirio I, lo cual significa que es el primer planeta de Sirio, de modo que, ¿cómo puede haber un planeta dentro de esa órbita? No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

- Puede usted examinar la visiplaca, señor, y comprobar mis cálculos - replicó estiradamente.

Me levanté y entré en la cabina del piloto. Era cierto, en el centro de la visiplaca delantera había un disco. Comprobar sus cálculos era algo impensable. Mis matemáticas terminaban en el punto donde terminaba la suma de las monedas de las máquinas. Me mostré dispuesto a aceptar su palabra respecto a los cálculos.

- Johnny - exclamé, casi gritando -, ¡hemos descubierto un nuevo planeta! ¿No es extraordinario?

- Sí, señor - comentó él, con su desapasionada voz habitual.

Era algo extraordinario, pero no tanto. Quiero decir que el sistema de Sirio ha sido colonizado hace poco tiempo y que no era demasiado sorprendente encontrar un pequeño planeta de cuatro mil quinientos kilómetros sin descubrir aún. Especialmente (aunque esto no se sabía) si su órbita es muy excéntrica.

La cabina del piloto era demasiado pequeña para albergar también a Ma y Ellen, por lo que se quedaron junto a la puerta, y yo me aparté un poco para que vieran el disco en la visiplaca.

- ¿Cuánto tardaremos en llegar allí, Johnny? - quiso saber Ma.

- Nuestro punto de máxima aproximación en este rumbo se producirá dentro de dos horas, señora Wherry - repuso -. Pasaremos a un millón de kilómetros de él.

- Oh, ¿de verdad? - quise saber yo.

- A menos, señor, que crea aconsejable modificar la ruta y pasar a mayor distancia.

Me aclaré la garganta, miré a Ma y Ellen, y vi que a ellas les parecía bien.

- Johnny - dije -, pasaremos a una distancia menor. Siempre he deseado ver un nuevo planeta no contaminado por manos humanas. Aterrizaremos allí aunque no podamos abandonar la nave sin máscaras de oxígeno.

El repuso: «Sí, señor», y saludó, pero me pareció observar una lucecita de desaprobación en sus ojos. Oh, en caso de que así fuera, le sobraba razón. Nunca se sabe lo que se puede encontrar en un territorio virgen del espacio. Un cargamento de lonas y máquinas tragaperras no es el equipo idóneo para explorarlo, ¿verdad?

Pero el Piloto Perfecto nunca se opone a una orden del propietario, ¡maldita sea! Johnny tomó asiento y empezó a pulsar teclas de la calculadora así que nosotros salimos para dejarle trabajar.

- Ma - dije -, soy un maldito tonto.

- Lo serías si no lo fueras - replicó ella. Yo sonreí cuando hube logrado descifrarlo, y miré a Ellen.

Pero ella no me miraba. Volvía a tener aquella expresión soñadora en los ojos. Me hizo desear entrar en la cabina del piloto y dar un puñetazo a Johnny para ver si eso lo espabilaba.

- Escucha, cariño - dije -, ese Johnny...

Pero noté que algo me quemaba en la mejilla y comprendí que Ma me estaba mirando, así que me callé. Saqué una baraja de cartas e hice un solitario hasta que aterrizamos.

Johnny salió de la cabina y saludó.

- Hemos aterrizado, señor - dijo -. Atmósfera de uno dieciséis en el marcador.

- Y - preguntó Ellen - ¿qué significa eso en cristiano?

- Es respirable, señorita Wherry. Un poco alto en nitrógeno y bajo en oxígeno si lo comparamos con el aire de la Tierra, pero de todos modos decididamente respirable.

Ese muchacho era una verdadera joya cuando se trataba de mostrarse preciso.

- Así pues, ¿a qué esperamos? - quise saber.

- Sus órdenes, señor.

- Dejémonos de órdenes, Johnny. Abre la puerta y salgamos.

Una vez la puerta estuvo abierta, Johnny salió el primero, armado con dos pistolas lanzarrayos. Nosotros le seguimos.

Fuera hacía fresco, pero no frío. El paisaje era muy semejante al de Thor, con desnudas colinas de tierra verdosa. Había vida vegetal, consistente en una planta marronosa y tupida que parecía una especie de rodadora.

Eche una ojeada para calcular la hora y vi que Sirio se encontraba casi en el cenit, lo cual significaba que Johnny había aterrizado en medio del lado diurno.

- Johnny - pregunté -, ¿tienes idea de cuál es el período de rotación?

- Sólo he tenido tiempo para hacer un cálculo aproximado, señor. El resultado fue de veintiuna horas y diecisiete minutos.

Había dicho que era un cálculo aproximado.

Ma comentó:

- No necesitamos un cálculo más exacto. Disponemos de toda la tarde para dar un paseo; ¿qué esperamos?

- La ceremonia, Ma - le dije -. Tenemos que bautizar este sitio, ¿no? ¿Dónde pusiste aquella botella de champaña que guardábamos para mi cumpleaños? Me parece que ésta es una ocasión más importante.

Me dijo dónde, y yo entré para buscar la botella y unos vasos.

- ¿Se te ocurre algún nombre, Johnny? Tú has sido el primero en verlo.

- No, señor.

- Lo malo es que ahora Thor y Freda tengan el nombre equivocado. Quiero decir que Thor es Sirio I y Freda es Sirio II, y como esta órbita está dentro de la suya, tendrían que ser II y III respectivamente. O bien este planeta debería ser Sirio 0, lo cual significa que es Nada Sirio. (En inglés «cero» se expresa a menudo como «nada» - nothing -, y Sirius - Sirio - suena exactamente igual que serious - serio -; de ahí el juego de palabras: Sirius 0 se convierte en Nothing Sirius, nada serio)

Ellen sonrió, y creo que Johnny la habría imitado si no lo hubiese considerado indecoroso.

Pero Ma frunció el ceño.

- William... - dijo, y habría puesto alguna objeción si en aquel momento no hubiese ocurrido nada.

Una figura apareció en la cima de la colina más próxima. Ma era la única que se encontraba de cara a ella y dejó escapar un grito, al mismo tiempo que me asía por un brazo. Entonces todos nos volvimos y miramos.

Era la cabeza de algo que parecía un avestruz, sólo que debía de ser más grande que un elefante. Llevaba un cuello blanco y una pajarita de lunares azules, así como un sombrero. El sombrero era de color amarillo y tenía una

larga pluma morada. La criatura nos observó un minuto, guiñó burlonamente un ojo, y escondió la cabeza.

Ninguno de nosotros dijo nada durante unos instantes y después yo suspiré profundamente.

- Eso - dije - ha acabado de decidirme. Planeta, yo te bautizo con el nombre de Sirio Cero.

Me agaché y golpeé el cuello de la botella de champaña sobre la tierra, pero lo único que conseguí fue agrietar la tierra. Miré a mi alrededor en busca de una piedra. No vi ninguna.

Extraje el sacacorchos que llevaba en el bolsillo y abrí la botella. Todos bebimos excepto Johnny, que sólo tomó un sorbo simbólico porque no bebe ni fuma. Yo, por mi parte, tomé un buen trago. Después tiré unas gotas al suelo y volví a tapar la botella; tenía el presentimiento de que yo lo necesitaría más que el planeta. En la nave teníamos mucho whisky y algo de cerveza marciana, pero ninguna otra botella de champaña. Dije:

- Bueno, ¡en marcha!

Sorprendí la mirada de Johnny y le oí decir:

- ¿Lo considera oportuno sabiendo que hay - uh - habitantes?

- ¿Habitantes? - repuse -. Johnny, sea lo que sea esa criatura que ha asomado la cabeza por la colina, no era un habitante. Y si vuelve a asomarla, le daré un buen golpe con esta botella.

Pero de todos modos, antes de ponernos en camino, entré en la Chitterling y cogí un par de pistolas lanzarrayos más. Me metí una en el cinturón y di la otra a Ellen; ella tiene mejor puntería que yo. Ma no sería capaz de dar en la fachada de un edificio de la administración, así que no le di ninguna.

Nos pusimos en marcha y, por una especie de acuerdo tácito, avanzamos en dirección opuesta al lugar por donde había aparecido la extraña criatura. Todas las colinas parecían iguales, y en cuanto hubimos dejado atrás la primera de ellas, perdimos la Chitterling de vista. Pero vi que Johnny miraba continuamente una brújula de pulsera, y comprendí que sabría regresar.

Coronamos la cima de tres colinas sin que sucediera nada, y entonces Ma dijo: «Mirad», y todos miramos.

A unos veinte metros a nuestra izquierda se veía un arbusto de color púrpura. Una especie de zumbido llegó a nuestros oídos. Nos acercamos un poco y vimos que el zumbido procedía de una nube de criaturas que volaban alrededor del arbusto. Parecían pájaros hasta que las mirabas por segunda vez y veías que sus alas estaban inmóviles. Pero, sin embargo, volaban en círculos a su alrededor. Traté de distinguir su cabeza, pero en el lugar de la cabeza sólo había una mancha. Una mancha circular.

- Tienen hélices - observó Ma -; como los aviones antiguos.

Yo también me había fijado.

Miré a Johnny, Johnny me miró, y los dos miramos hacia el matorral. Pero los pájaros, o lo que fueran, se alejaron rápidamente en cuanto clavamos la vista en ellos. Volaban a ras de tierra y habían desaparecido al cabo de un minuto.

Reanudamos nuestra caminata, sin que ninguno dijera nada, y Ellen me alcanzó y siguió andando a mi lado. Los demás no podían oírnos, así que me dijo:

- Papá...

No continuó, de modo que le contesté:

- ¿Qué hay, hija?

- Nada - contestó, arrepentida -. No tiene importancia.

Enseguida comprendí lo que había querido decirme, pero no se me ocurrió nada que responder excepto maldecir la Politécnica de Marte, y eso no habría servido de nada. La Politécnica de Marte es demasiado perfecta, igual que su disciplina y sus graduados. Sin embargo, a los diez o doce años de haber salido, algunos consiguen desentumecerse y humanizarse.

Pero Johnny no hacía tanto tiempo que había salido, sólo un año o dos. La oportunidad de pilotar el Chitterling fue una verdadera suerte para él, tratándose de su primer empleo. Tras unos cuantos años con nosotros, podría aspirar a convertirse en capitán de una nave mayor. Ascendería mucha más de prisa que si hubiera tenido que empezar como oficial en una nave mayor.

El único problema consistía en que era demasiado guapo, y él no lo sabía. No sabía nada que no le hubieran enseñado en la Politécnica, y todo lo que le enseñaron fue matemáticas, navegación espacial, y como saludar correctamente; pero no le habían enseñado a no hacerlo.

- Ellen - empecé a decir -, no...

- ¿Sí, papá?

- Uh... nada. No tiene importancia. - Mi intención fue decir algo muy distinto, pero de repente ella me sonrió, yo le sonreí, y fue como si hubiéramos hablado de todo. Es cierto que no llegamos a ninguna parte, pero tampoco habríamos llegado a ninguna parte si hubiéramos hablado, aunque no sé si comprenderán lo que quiero decir.

En aquel momento llegamos a la cima de una pequeña elevación de terreno, y nos detuvimos en seco porque, justo enfrente, se hallaba el final de una calle asfaltada.

Una calle plástiasfaltada como las que hay en cualquier lugar de la Tierra, con bordillos, aceras, alcantarillas y la línea de tráfico pintada en el centro. La diferencia residía en que no llevaba a ninguna parte, es decir, al lugar donde nosotros nos encontrábamos, y desde allí hasta la cima de la próxima colina, pero no se divisaba ni una casa, ni un vehículo, ni una criatura.

Miré a Ellen y ella me miró a mí, y después ambos miramos a Ma y Johnny Lane, que acababan de darnos alcance.

- ¿Qué es esto Johnny? - pregunté.

- Parece una calle, señor.

Vio la mirada que le dirigí y se sonrojó ligeramente. Se agachó y examinó el asfaltado con más detenimiento, pero cuando se levantó parecía más sorprendido que antes.

- Bueno, ¿qué es? ¿Azúcar quemado? - inquirí.

- Es Permaplast, señor. Al parecer, no somos los descubridores de este planeta, porque este producto sólo se fabrica en la Tierra.

- Hum - murmuré -. ¿No crees que los nativos podrían haber descubierto el mismo proceso? Es posible que tengan los mismos ingredientes.

- Sí, señor. Pero, si mira detenidamente los adoquines, verá que llevan la marca registrada.

- ¿No crees que los nativos podrían...? - Me callé, porque me di cuenta de que iba a decir una tontería. Pero es muy duro pensar que has descubierto un nuevo planeta y ver adoquines con la marca registrada de la Tierra en la primera calle que encuentras -. Pero, ¿qué hace una calle en este lugar? - quise saber.

- Sólo hay una forma de averiguarlo - respondió Ma con sensatez -. Debemos seguirla. ¿Qué esperamos?

Así que seguimos adelante, con un piso mucho mejor, y al llegar a la siguiente colina vimos un restaurante. Un edificio de ladrillo rojo y dos pisos con un letrero que rezaba «Restaurante Bon-Ton», escrito en inglés antiguo.

Dije: «Que me ahorquen si...», pero Ma me tapó la boca con una de sus manos antes de que pudiera terminar, lo cual posiblemente fuera una suerte, pues me disponía a decir algo muy poco conveniente. El edificio estaba a unos cien metros de distancia, junto a una curva de la calle.

Eché a andar más de prisa y fui el primero en llegar. Abrí la puerta e hice ademán de entrar. Sin embargo, me quedé clavado en el umbral, dejando la puerta abierta. Era una fachada falsa, como un decorado cinematográfico, y lo único que se veía a través de la puerta eran más colinas verdosas.

Retrocedí unos pasos y observé el letrero del «Restaurante Bon-Ton», mientras los demás me alcanzaban y miraban a través de la puerta. Permanecimos allí hasta que Ma se impacientó y dijo:

- Bueno, ¿qué piensas hacer?

- ¿Qué quieres que haga? - repliqué -. ¿Entrar y pedir una langosta para cenar? ¿Con champaña...? Vaya, lo había olvidado.

Aún llevaba la botella de champaña en el bolsillo de la chaqueta; la saqué y se la di primero a Ma y después a Ellen, terminándome casi todo lo que quedó; debí de beber demasiado aprisa porque las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz y tuve que estornudar.

Sin embargo, me sentí dispuesto a afrontar lo que fuese, y me acerqué nuevamente al umbral del edificio que no existía. Pensé que quizá viera una indicación de la fecha en que fue levantado, o algo por el estilo. No vi ninguna indicación. El interior o, mejor dicho, la parte posterior de la fachada, era liso y suave como una superficie de cristal. Parecía sintética.

Inspeccioné la fachada posterior, pero lo único que vi fue una serie de agujeros que parecían hechos por insectos. Y eso es lo que debían ser, porque había una gran cucaracha negra sentada (o quizá de pie: ¿cómo vas a saber si una cucaracha está sentada o de pie?) junto a uno de ellos. Me acerqué un poco más y el bicho se introdujo de un salto en el agujero.

Cuando volví a reunirme con los demás, me sentía un poco mejor. Dije:

- Ma, he visto una cucaracha. Y ¿sabes lo que más me ha llamado la atención de ella?

- ¿Qué? - preguntó.

- Nada - le dije -. Eso es lo raro, que no tenía nada raro. Aquí, los avestruces llevan sombrero, los pájaros tienen hélices, las calles no conducen a ningún sitio, y las casas sólo tienen fachada; pero esa cucaracha ni siquiera tenía plumas.

- ¿Estás seguro? - dijo Ellen.

- Claro que estoy seguro. Subamos a la próxima colina y veamos lo que hay al otro lado.

Subimos, y vimos. Entre esa colina y la siguiente, el camino describía otra curva, y ante nosotros se hallaba la fachada de una tienda con un letrero que decía «Penny Arcade».

Esta vez ni siquiera aflojé el paso. Dije:

- Han copiado ese letrero de Sam Heideman. ¿Recuerdas a Sam y los viejos tiempos, Ma?

- ¡Ese borracho inútil! - repuso Ma.
- Pero, Ma, a ti también te gustaba.
- Sí, y tú también, pero eso no significa que tu o él no seáis...
- ¡Que cosas tienes, Ma! - la interrumpí. Ya habíamos llegado frente a la tienda. Parecía realmente de lona, pues se balanceaba suavemente. Dije -: Yo no tengo ánimos. ¿Quién quiere meter la cabeza primero?

Pero Ma ya lo había hecho. La oí decir:

- ¡Vaya, hola, Sam, viejo borracho!
- Ma, no bromees porque... - empecé a decir.

Pero entonces ya había entrado en la tienda, porque era una tienda, bastante grande por cierto. A mi alrededor se alineaban las conocidas máquinas tragaperras. Y allí, contando monedas en la grita del cambio, estaba Sam Heideman en persona, mirándome con una expresión tan asombrada como la mía.

- ¡El viejo Wherry! - exclamó -. ¡Vaya con la sorpresa! - Lo malo es que no dijo «vaya»... pero no se molestó en disculparse ante Ma y Ellen hasta que él y yo nos hubimos golpeado enérgicamente la espalda, y le hube presentado a Johnny Lane.

Era igual que en los viejos tiempos, cuando estábamos en las ferias de Marte y Venus. Empezó a contar a Ellen lo alta que ella era la última vez que la vio y a preguntarle si realmente se acordaba de él.

En aquel momento Ma sorbió.

Cuando Ma sorbe de este modo, significa que algo le ha llamado la atención, así que aparté los ojos del viejo Sam, miré a Ma, y después al lugar hacia donde Ma estaba mirando. No sorbí, pero me quedé boquiabierto.

Una mujer venía hacia nosotros desde el fondo de la tienda, y digo que era una mujer porque no se me ocurre la palabra apropiada para describirla, si es que hay alguna. Era santa Cecilia, Ginebra y una favorita en una sola persona. Era como una puesta de sol en Nuevo México y las frías lunas plateadas de Marte vistas desde los Jardines Ecuatoriales. Era como un valle de Venus en primavera, y como Dorzalski tocando el violín. Era algo extraordinario.

Oí una exclamación junto a mí, que me resultó desconocida. Tardé un segundo en comprender por qué; era la primera vez que a Johnny Lane se le escapaba una exclamación en mi presencia. Tuve que hacer un esfuerzo pero desvié la vista para mirar su rostro. Y pensé: «Oh..., oh. ¡Pobre Ellen!» Porque el pobre muchacho estaba embelesado, eso era indudable.

Y, justo a tiempo - es posible que al ver a Johnny me ayudara -, conseguí recordar que ya he pasado de los cincuenta y que soy feliz en mi matrimonio. Me agarré al brazo de Ma y resolví no soltarlo.

- Sam - dije -, ¿qué diablos...? Bueno, quiero decir...

Sam se volvió y miró a su espalda. Dijo:

- Señorita Ambers, me gustaría presentarle a unos viejos amigos míos que acaban de llegar. Señora Wherry, ésta es la señorita Ambers, la estrella cinematográfica.

Después terminó las presentaciones; primero Ellen, después yo, y después Johnny. Ma y Ellen se mostraron extremadamente corteses. Yo, por mi parte, quizá exagerase al pretender no fijarme en la mano que la señorita Ambers me tendía. Ya soy viejo, y tuve el presentimiento de que podría olvidarme de soltársela si se la estrechaba. Ya pueden imaginarse la clase de muchacha que era.

Johnny si que se olvidó de soltársela.

Sam me estaba diciendo:

- Oye, viejo pirata, ¿qué estás haciendo aquí? Pensaba que te dedicabas a las colonias, y jamás hubiera creído encontrarte en un decorado cinematográfico.

- ¿Un decorado cinematográfico? - Las cosas empezaban a tener algo de sentido.

- Desde luego; Cine Planetario, S.A. Yo soy el asesor técnico de las escenas que tienen lugar en una feria. Querían unas imágenes de una sala de juegos, así que desempolvé mis viejos trastos y los instalé aquí. En este momento, todos los muchachos están en el campo de operaciones.

Empecé a comprender.

- ¿Y la fachada del restaurante que hay más arriba? ¿También es un decorado? - inquirí.

- Claro, y la calle también. No la necesitaban pero tuvieron que filmar cómo la hacían para una secuencia.

- ¡Ah! - Seguí preguntando -: ¿Y el avestruz de la pajarita, y los pájaros con hélices? Eso no puede ser un truco cinematográfico. ¿O sí lo es? - Había oído decir que Cine Planetario hacía cosas que parecían imposibles.

Sam meneó la cabeza con expresión desorientada.

- Ni hablar. Debes de haberte tropezado con miembros de la fauna local. Hay algunos, pero no muchos, y no nos molestan para nada.

Ma dijo:

- Escúchame bien, Sam Heideman, ¿cómo es que si este planeta ha sido descubierto, no hemos oído hablar de él? ¿Desde cuando se conoce su existencia, y de qué se trata todo esto?

Sam soltó una carcajada.

- Un hombre llamado Wilkins descubrió este planeta hace unos diez años. Informó al Consejo pero, antes de que difundieran la noticia, Cine Planetario se enteró y ofreció al Consejo un alquiler muy considerable por el lugar con la condición de que se mantuviera en secreto. Como aquí no hay minerales ni nada de valor y la tierra no vale un céntimo, el Consejo se lo alquiló en esas condiciones.

- Pero ¿por qué tiene que ser un secreto?

- No hay visitantes, no hay distracciones, y han dado esquinazo a sus competidores. Todas las grandes compañías cinematográficas se espían unas a otras e intentan birlarse las buenas ideas. Aquí tienen todo el espacio que quieren y pueden trabajar en paz y sin que nadie les moleste.

- ¿Qué harán cuando sepan que hemos descubierto su escondite? - pregunté.

Sam soltó otra carcajada.

- Me imagino que, ahora que estáis aquí, os tratarán a cuerpo de rey e intentarán convenceros de que no os vayáis de la lengua. Además, quizá consigáis un pase gratuito para todos los cines de la cadena Planetario.

Se acercó a un armario y volvió con una bandeja llena de botellas y vasos. Ma y Ellen rehusaron, pero Sam y yo nos servimos una copa de un licor muy bueno. Johnny y la señorita Ambers hablaban seriamente en un rincón de la tienda, así que no les molestamos, especialmente después de haberle dicho a Sam que Johnny no bebía.

Johnny aún no le había soltado la mano y la miraba fijamente a los ojos como un cachorro mareado. Observé que Ellen se volvía de espaldas para no tener que verlos. lo sentí por ella, pero no podía hacer nada para remediarlo. Esas cosas ocurren. Y si no hubiera sido por Ma...

Pero vi que Ma empezaba a ponerse nerviosa y dije que lo mejor era regresar a la nave para vestarnos más elegantemente, ya que iban a tratarnos a cuerpo de rey. Además, acercaríamos la nave. Estimé que podíamos quedarnos unos cuantos días en Nada Sirio. Sam se desternilló de risa cuando le expliqué que habíamos bautizado el planeta con ese nombre, después de una ojeada a la fauna local.

Entonces aparté amablemente a Johnny de la estrella cinematográfica y le conduje al exterior. Su cara tenía una expresión ausente y dichosa, e incluso olvidó saludar cuando le hablé. Tampoco me llamó «señor». La verdad es que no dijo absolutamente nada.

Los demás tampoco abrimos la boca, mientras subíamos por la calle.

Había algo que me inquietaba y no podía concretar qué era. Había algo que no encajaba, algo que no tenía sentido.

Ma también estaba preocupada. Finalmente la oí decir:

- Escucha, si de verdad quieren mantener el secreto acerca de este lugar, ¿no crees que quizá... uh...?

- No, claro que no - repuse, con cierta brusquedad. Sin embargo, no era eso lo que me inquietaba.

Bajé la mirada hasta aquella carretera tan nueva y perfecta, y comprendí que en ella había algo que no me gustaba. Me acerqué al bordillo y seguí andando junto a él, observé la tierra verdosa de los alrededores, pero no vi nada más que agujeros y cucarachas como los que ya había visto en el restaurante Bon-Ton.

No obstante, quizá no fueran cucarachas, a menos que la compañía cinematográfica las hubiera traído. Pero se parecían demasiado a las cucarachas a efectos prácticos, si es que una cucaracha tiene algún efecto práctico. No tenían pajarita, ni hélices, ni plumas. Eran cucarachas normales y corrientes.

Salí de la faja pavimentada e intenté pisar una o dos, pero se escaparon y desaparecieron en el interior de los agujeros. Eran muy rápidas.

Volví a la carretera y seguí andando junto a Ma. Cuando me preguntó: «¿Qué hacías?», yo le contesté: «Nada».

Ellen se había situado al otro lado de Ma y mantenía un semblante deliberadamente inexpresivo. Deduje que estaba pensando y deseé poder ayudarlas. Lo único que se me ocurría era quedarnos un tiempo en la Tierra después de aquel viaje, para darle la oportunidad de olvidar a Johnny conociendo a otros muchachos de su edad. Quizá encontrase alguno que le gustara.

Johnny parecía aturdido. Estaba en el séptimo cielo, y había caído de repente, como suelen hacer los muchachos como él. Quizá no fuese amor, sino únicamente apasionamiento, pero en ese instante no sabía en que planeta estaba.

En aquel momento coronamos la primera colina, y perdimos de vista la tienda de Sam.

- Papá, ¿has visto alguna cámara cinematográfica por los alrededores? - preguntó súbitamente Ma.

- No, pero esas máquinas cuestan millones. No las dejan por ahí cuando no se utilizan.

Enfrente de nosotros se alzaba la fachada del restaurante. Tenía un curioso aspecto desde donde nos encontrábamos, ya que lo veíamos de lado. Aparte de esto, no se veía nada más que la carretera y las verdosas colinas.

En el pavimento no había ninguna cucaracha, y me di cuenta de que no habíamos visto ninguna sobre el asfalto. Al parecer nunca subían a la carretera ni la cruzaban. ¿Por qué razón iba una cucaracha a cruzarla? ¿Para pasar al otro lado?

Seguía estando inquieto por algo, algo que tenía menos sentido que cualquier otra cosa.

Esta sensación fue aumentando a medida que avanzábamos. Deseé poder tomar otra copa. El sol Sirio descendía hacia la línea del horizonte, pero aún hacía mucho calor. Incluso llegué a desear un vaso de agua.

Ma también parecía cansada.

- Parémonos a descansar - dije -, ya estamos a mitad del camino.

Nos detuvimos. Fue justo delante del Bon-Ton y yo alcé la vista hasta el letrero, sonriendo.

- Johnny, ¿quieres entrar y pedir la cena?

El saludó y contestó: «Sí, señor», y se dirigió hacia la puerta. De repente enrojeció y se detuvo en seco. Yo me reí discretamente y no hice ningún comentario que empeorase su turbación.

Ma y Ellen se sentaron en el bordillo.

Volví a trasponer la puerta del restaurante y comprobé que nada había cambiado. Liso como el cristal en el otro lado. La misma cucaracha - supongo que era la misma - seguía sentada o de pie junto al mismo agujero.

Le dije: «Hola», pero no me contestó, así que traté de pisarla, pero volvió a ser más rápida que yo. Observé algo muy curioso. Había echado a correr hacia el agujero en el mismo instante que decidí pisarla, incluso antes de que pudiera mover un músculo.

Regresé a la fachada, y me apoyé en la pared. Se estaba bien y cómodo. Saqué un cigarro del bolsillo y me dispuse a encenderlo, pero dejé caer la cerilla. Ya casi sabía lo que no encajaba.

Algo concerniente a Sam Heideman.

- Ma - dije -, ¿acaso Sam Heideman no está... muerto?

Y entonces, de repente, dejé de estar apoyado en una pared, porque la pared dejó de estar allí y empecé a caerme hacia atrás.

Oí que Ma y Ellen gritaban.

Me levanté de la tierra verdosa. Ma y Ellen también se estaban levantando, porque el bordillo donde se habían aposentado también había desaparecido. Johnny se tambaleaba ligeramente después de que la carretera se evaporase bajo las suelas de sus zapatos y descendiera unos centímetros.

No se veía ningún letrero, ningún restaurante, y ninguna calle; sólo las colinas verdes. Y... sí, las cucarachas seguían estando allí.

La caída me había trastornado, y estaba loco. Busqué algo para descargar mi locura. Sólo había cucarachas. Ellas no habían desaparecido sin dejar rastro como todo lo demás. Hice una nueva tentativa con la más próxima, y volví a fallar. Esta vez estaba seguro de que se había movido antes que yo.

Ellen miró hacia el lugar donde debía estar la calle, y el lugar donde debía estar el restaurante. mirando después en dirección a donde habíamos venido como preguntándome si la tienda Penny Arcade continuaría allí.

- No está - dije.

- No está, ¿qué? - preguntó Ma.

- No está allí - expliqué.

Ma me miró con impaciencia.

- ¿Qué es lo que no está allí?

- La tienda - dije un poco irritado -. La compañía cinematográfica. Todo el asunto. Y especialmente Sam Heideman. Fue cuando recordé lo de San Heideman... hace cinco años, en Ciudad Luna, oímos que había muerto... Así que él no estaba allí. Nada de ello estaba allí. Y en cuanto me di cuenta, ellos lo hicieron desaparecer todo.

- ¿Ellos? ¿A quién te refieres al decir «ellos», papá Wherry? ¿Quiénes son «ellos»?

- ¿De verdad quieres saberlo? - pregunté, pero la mirada de Ma me hizo parpadear.

- Este no es sitio para hablar - proseguí -. Lo primero que debemos hacer es regresar a la nave lo más de prisa que podamos. ¿Podrás guiarme hasta allí, Johnny, ahora que no hay carretera?

El asintió, olvidándose de saludar o llamarme «señor». Reanudamos la marcha, sin que ninguno hablara. Yo no dudaba de que Johnny nos pudiera guiar hasta la nave; estuvo muy bien hasta llegar a la tienda; siguió nuestro rumbo con la brújula de pulsera.

Una vez llegamos al punto donde terminaba la desaparecida carretera, todo fue más fácil, pues veíamos nuestras propias huellas en la tierra, y sólo teníamos que seguirlas. Pasamos la elevación donde habíamos visto el matorral púrpura con los pájaros de hélices, pero los pájaros ya no estaban, y el matorral tampoco.

Sin embargo, el Chitterling seguía allí, gracias a Dios. Lo vimos desde la última colina y estaba exactamente igual que lo habíamos dejado. Parecía un verdadero hogar, y apretamos instintivamente el paso.

Abrí la puerta y me aparté para dejar entrar a Ma y Ellen. Ma ya tenía un pie dentro cuando oímos la voz. Dijo:

- Queremos despedirles.

- Nosotros también queremos despedirles - respondí -. Váyanse al demonio.

Hice una seña a Ma para que entrara en la nave. Cuanto antes nos marcháramos, mejor para todos.

Pero la voz dijo:

- Esperen - En su entonación había algo que nos hizo obedecer -. Queremos explicárselo para que no regresen.

Nada estaba más lejos de mi mente que regresar, pero repliqué:

- ¿Por qué no?

- Su civilización no es compatible con la nuestra. Hemos estudiado su mente para estar seguros. Proyectamos imágenes a partir de las imágenes que encontramos en sus mentes, para estudiar sus reacciones ante ellas. Nuestras primeras imágenes, nuestras primeras proyecciones de ideas, fueron confusas. Pero hemos comprendido su mente cuando han alcanzado el punto más alejado de su caminata. Hemos conseguido proyectar seres iguales a ustedes.

- Sam Heideman, sí - comenté -. Pero, ¿qué me dicen de la... la mujer? Ella no podía estar en el recuerdo de ninguno de nosotros porque no la conocíamos.

- Era un compuesto..., lo que ustedes llamarían una idealización. Sin embargo, eso no tiene importancia. Después de estudiarles, hemos visto que su civilización se preocupa por las cosas, mientras que la nuestra se interesa por las ideas. No tenemos nada que ofrecernos. Un intercambio entre ambas razas no haría ningún bien y sí mucho mal. Nuestro planeta no tiene recursos materiales que puedan interesar a su raza.

Tuve que mostrarme de acuerdo en ese sentido, mientras contemplaba la monótona extensión de colinas verdosas que sólo parecían albergar unos cuantos matorrales, aunque no demasiados. No tenían aspecto de albergar otra cosa. En cuanto a minerales, no había visto ni un guijarro.

- Tiene razón - contesté -. Cualquier planeta que no tenga más que plantas rodadoras y cucarachas puede arreglárselas como pueda, por lo que a nosotros respecta. Así que... - Entonces se me ocurrió una cosa -. Oiga, espere un momento. Tiene que haber algo más, porque sino, ¿con quién estoy hablando?

- Está hablando - repuso la voz - con lo que usted llama cucarachas, lo cual supone otro punto de incompatibilidad entre nosotros. Para ser más preciso, usted habla a una voz proyectada por el pensamiento, pero nosotros la proyectamos. Y déjeme asegurarle una cosa: que usted nos resulta más repugnante físicamente que nosotros a usted.

Entonces bajé la vista y la vi, a tres de ellas, dispuestas a entrar en un agujero si yo hacía un movimiento.

Una vez dentro de la nave, dije:

- Johnny, despeguemos. Destino, la Tierra.

Saludó y dijo: «Sí, señor», entró en la cabina del piloto y cerró la puerta. No salió hasta conectar el piloto automático, con Sirio a nuestra espalda.

Ellen se había ido a su camarote. Ma y yo jugábamos a las cartas.

- ¿Puedo tomarme un descanso, señor? - preguntó Johnny, dirigiéndose rígidamente hacia su camarote cuando le dije que sí.

Al cabo de un rato, Ma y yo nos acostamos. A los pocos minutos oímos ruidos. Me levanté para investigar, e investigué.

Volví sonriendo.

- ¡Todo está arreglado, Ma! - dije -. Es Johnny Lane y está borracho como una cuba. - Le di una palmada en el trasero.

- ¡Ayyy! - se quejó -. Ya he tenido bastante cayéndome del bordillo. ¿Quieres decirme que tiene de maravilloso que Johnny esté borracho? Tú no lo estás ¿verdad?

- No - admití, posiblemente con algo de tristeza -. Pero, Ma, me ha dicho que me fuera al diablo, y sin saludar, a mí, el propietario de la nave.

Ma se limitó a mirarme. A veces la mujeres son muy listas, pero otras veces son bastante tontas.

- Escucha, te aseguro que no se dará a la bebida - le dije - Esta es una ocasión especial. ¿No comprendes lo que le ha sucedido a su orgullo y dignidad?

- Te refieres a que...

- A que se ha enamorado de la proyección de pensamiento de una cucaracha - expliqué -. O, por lo menos, eso es lo que él ha creído. Tenía que

emborracharse una vez para olvidarlo y, a partir a hora, cuando ya esté sobrio, se comportará como un ser humano. Te apuesto lo que quieras. Y también te apuesto lo que quieras a que entonces verá a Ellen y se dar cuenta de lo guapa que es. Apuesto a que habrá perdido la cabeza por ella antes de que llegemos a la Tierra. Voy buscar una botella y brindaremos por ello. ¡Por Nada Sirio!

Y, por una vez, tuve razón. Johnny y Ellen se prometieron antes de que llegáramos a distancia suficiente de la Tierra como para decelerar.

FIN

Edición digital de Paul Atreides